

## DOMINGO XIX.

DESPUES

## DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS,  
cap. 4. v. 23. 28.

*Hermanos: Renovaos pues en el espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del hombre nuevo, que fué criado segun Dios en justicia, y en santidad de verdad. Por lo qual dexando la mentira, hablad verdad cada uno con su próximo; porque somos miembros los unos de los otros. Ayraos, y no pequeis; el sol no se ponga sobre vuestra ira: no deis lugar al diablo: El que hurtaba, ya no hurte; ántes bien trabaje obrando de sus manos lo que es bueno, para que tenga*

*despues de Pentecostes. 139*  
*de donde dar al que padece necesidad.*

## INSTRUCCION.

La Epístola de este dia contiene una serie de verdades, muy faciles en la práctica; pero muy desconocidas en tiempos tan calamitosos como los presentes. Hablo de las verdades de la moral, para cuya inteligencia no se requieren grandes talentos, sino docilidad y humildad de corazón; y en efecto muchos Christianos de cortos alcances hacen progresos considerables en los caminos de la virtud, porque la santa costumbre de obrar segun los mandamientos del Señor, los hace, como dice el Profeta, mas inteligentes que los Doctores mismos de la ley. Qué consuelo, hermanos míos, para los que aman y observan estos mandamientos al oír en la exposicion de esta Epístola, que conformándose con la ley se conforman tambien con el hombre interior creado á la semejanza de un Dios! Vosotros que hasta aquí habeis vivido

como enemigos de la ley, considerad cuáles serian vuestros recursos, si la practicaseis con toda exactitud, porque vuestra perfecta reconciliacion con Dios consiste en andar á paso firme por estos caminos.

El Apóstol pide hoy á los Ephesios que se renueven en el espíritu de su entendimiento; pero esta renovacion tan deseada en aquellos tiempos es tan rara, como necesaria en estos dias. Los Christianos meditan poco sobre la necesidad de renovar su corazon; y su vida por lo común es una larga distraccion, durante la qual lo piensan todo ménos el estado de su conciencia y el destino futuro de su alma.

¿Cuáles son vuestros pensamientos, podre yo decir á muchos, que dedicados á un trabajo necesario para su subsistencia, abandonan las obras de que tienen mayor necesidad para su salvacion; que en su respectivo estado hallan mil pretextos para dispensarse de la santificacion de las fiestas, de la asistencia á la palabra de Dios, y del uso frecuente de los Sacramentos; y que despues de haber vivido largos años sin

pensar en su origen, ni en su fin, pasan una larga vejez en un entorpecimiento que insensiblemente los conduce á la muerte eterna? El Apóstol dice: vestios del hombre nuevo; es decir, mirad vuestro trabajo no como un obstáculo para vuestra salvacion, sino como un medio de santificacion: no tengais por algo el fruto perecedero, sino consideradle como que os procura una saludable penitencia, si lo llevais con espíritu de arrepentimiento y de expiacion; en fin meditaad esta verdad importantísima; es á saber, que la salud del alma interesa mas que todas las ganancias posibles, y aun que la conquista del mundo entero.

Pobres de Jesu-Christo, que vivis en una desnudez universal, y que con vuestras murmuraciones indecentes haceis mas gravoso el peso de vuestros males, ¿pensais en esta renovacion interior que manda el Apóstol, quando haceis de la indigencia una ocasion de rebelion contra Dios, de quejas escandalosas contra los ricos, de ingratitude contra vuestros bienhechores, y de escándalo con aquellos que son testigos de vuestra pereza ó de vuestros excesos? Sabed que para

renovaros en el espíritu de vuestro entendimiento, debeis adorar la mano que os castiga; reconocer la necesidad de ser humillados; solicitar humildemente los auxilios; esperarlos con fe y con paciencia; cooperar con un trabajo constante á los designios de la Providencia, y hacer siempre el uso mas prudente y legítimo de los recursos que os concede.

Esta renovacion es muy necesaria para los ricos que cifran toda su gloria en el goze de los bienes que el Señor ha depositado en sus manos: esta renovacion sobre sí mismos los persuadiría que la enorme diferencia que existe entre ellos y el pobre, no proviene de sus méritos, sino de una eleccion libre y espontánea del soberano Señor: esta renovacion los haria conocer que no estan autorizados para abusar de sus bienes, sino por el contrario para usarlos con medida y con justicia; en fin esta renovacion de su propio corazon los haria sensibles á los trabajos de sus semejantes.

Y vosotros jóvenes, que apenas empezais á gozar de la vida, quando pensais en disipaciones peligrosas, ¿qué útil seria para vuestra edad esta renovacion;

para esta edad en que la ligereza, el entretenimiento y la imprudencia son como naturales; para esta edad, en que no se piensa sino en los pasatiempos y los placeres! Ah, qué útil seria entrar dentro de vosotros mismos para meditar la brevedad de la vida, la fragilidad de los encantos placenteros de la juventud, las desgracias y los remordimientos que se preparan para quien solo pasa este tiempo en el olvido de Dios y de sus obligaciones!

Vosotros, hermanos míos, que al parecer llevais una vida edificante y christiana, ¿pensais estar dispensados de esta renovacion interior? ¿No sabeis que es muy fácil perder de vista las primeras resoluciones; que las buenas obras que se hacen por pura costumbre, degeneran algunas veces de su primitiva bondad; y que si os convirtierais á exâminar vuestro corazon, este exâmen seria muy poderoso para sacaros de la tibieza y de la indolencia? El orgullo oculta muchas veces á las almas virtuosas ciertas llagas secretas que las deshonoran delante de Dios, escandalizando al próximo; y esta conversion os descubriría quizá su profun-

dad, ó á lo ménos esta renovacion en el espíritu de vuestro entendimiento haria vuestra vigilancia mas atenta, vuestro temor mas saludable, vuestra caridad mas ardiente, y vuestra conformidad mas sensible con el hombre nuevo que el Apóstol nos presenta hoy por modelo. No es posible, no, desconocer este hombre, porque está formado á la semejanza de Dios mismo. En él se vé á Jesu-Christo Dios desde la eternidad; pero en el tiempo hombre perfecto, que reúne en sí todos los caracteres de la santidad y de una justicia cumplida; espejo sin mancha de la santidad de Dios, de donde reflexan los rayos sobre nuestra naturaleza corrompida para purificarla de las manchas que ha contraído por el pecado, y para hacerla, uniéndose con nosotros, santa, pura é irreprehensible á los ojos de Dios su Padre.

Este es el modelo del hombre interior que forma en nosotros Jesu-Christo por su gracia; esta es la regla de la conducta que debe observar el hombre exterior y sensible; por lo qual dexando la mentira, hablad verdad cada uno con su próximo. Este es el

primer exemplo que nos da el hombre nuevo: jamás salió de su boca una mentira, y segun el testimonio de sus mismos enemigos enseñaba el camino de Dios en la verdad. Por consecuencia desaprueba la costumbre que se han hecho la mayor parte de los Christianos, de hacer traicion á la verdad para favorecer sus pasiones. Los unos venden con su silencio las verdades santas, y los otros las corrompen con sus discursos. Los primeros hacen un tráfico de ellas para adelantar su fortuna, y los otros para dañar la del próximo. La mentira es la sal de las tertulias, y en ellas juega el ridículo contra todas clases de personas: la mentira encubre la mayor parte de los defectos en los inferiores, los quales por este medio eluden las reprehensiones que merecen justamente: la mentira tiene lugar hasta en el santuario de la justicia, donde los defensores de las malas causas abusan de la atencion de los jueces, y los sorprenden exponiendo para defender á sus clientes razones mas especiosas que verdaderas: la mentira le asegura al mercader sus ganancias usurarias, y con ella se burla de la simplicidad, y de la

ignorancia del comprador. El espíritu de fraude es quien ha inventado los falsos pesos y medidas tantas veces condenados en las Escrituras. El artificio inspira á los pobres los medios indignos de que se valen para excitar la compasion, y realizando los males imaginarios, arrancan de las manos del poderoso la substancia del verdadero indigente. La hipocresía, compañera inseparable del espíritu de mentira, hace parecer justos á muchos que, si fuesen conocidos, serian detestados de todos. Estos miserables, cubiertos con la capa de la piedad, y con la máscara de la justicia, se atreven á insultar á la verdad á los pies de sus altares, á tentarla hasta en el tribunal donde se ejercen sus juicios, y á sacar de sus ministros con disfraces afectados una sentencia de reconciliacion y de gracia, quando la merecian de condenacion, y de repulsa. Dios quiera que la mayor parte de los que me escuchan, no se hallen comprehendidos en ninguno de estos puntos; pero á lo ménos debo valerme de esta ocasion para advertir á la juventud christiana que de todas las costumbres, la mas perjudicial, es la de la

mentira, y que el débil recurso que se encuentra en ella para encubrir los pecados, y excusar los cargos y reprehensiones de los padres, y en general de todos los mayores que temen á Dios, y andan por los caminos de la verdad, no es comparable con los muchos peligros que prepara y trae consigo esta perniciosa costumbre.

¡Qué digna de estimacion es á los ojos de los hombres, y de qué gran precio delante de Dios un alma ingenua que manifiesta siempre su candor en la verdad de sus palabras! Por tanto léjos de quejarse los jóvenes de las correcciones saludables que reciben de sus mayores, quando descubren sus artificios y mentiras, debieran estar de inteligencia con ellos para destruir un vicio tan detestable, y castigarse á sí mismos hasta llegarlo á extinguir. ¡Qué mayor injusticia que engañarse los unos á los otros! Todos somos miembros de un mismo cuerpo: todos estamos unidos con los vínculos de la misma caridad, y nos alimentamos del pan de la misma verdad, así en las instrucciones sagradas, como en la participacion de la Eucaristía; por lo qual seamos in-

gennos, y tratémonos como hermanos.

El mismo espíritu de caridad que prohíbe la mentira, prohíbe también, y con mayor razón, la ira, distinguiendo entre las emociones del alma el zelo del furor, y la defensa de los intereses de Dios de la aspereza y la acrimonia con que se defienden los propios. Por esto el Apóstol nos repite aquí aquellas palabras del Salmo, ayraos, y no pequeis: el sol no se ponga sobre vuestra ira. Como si dixese: si os sorprende algun movimiento de ira, no os dexéis arrebatat de su furor y ceguedad, reprimidla, y no executeis jamas lo que os inspira.

Sin embargo hay una ira santa, y es la que anima á los Ministros del altar quando reprehenden públicamente los abusos de los Christianos, y atacan con vehemencia á las pasiones y sus sectarios; pero al mismo tiempo que la caridad les manda que condenen y corrijan los vicios, les prohíbe toda personalidad, á fin de que por esta causa no se hagan incorregibles los pecadores.

Hay una ira santa, y es la de los padres ó superiores que reprehenden

los defectos de sus hijos y súbditos, con el fin de evitar las malas consecuencias que podrian ocasionarles para toda su vida; pero para no pecar, deben considerar mucho en las correcciones los términos y los modos de que se valen: jamas deben castigar ni reprehender en el primer movimiento de la ira, ni excederse de las reglas de la justicia en la aplicacion de los castigos, á fin de evitar la severidad excesiva en las faltas pequeñas, miéntras que por otra parte dexan crecer las inclinaciones mas peligrosas.

Hay una santa ira, y es la de todo Christiano que se horroriza, como el Profeta, de la tranquilidad con que van los pecadores por los caminos de la perdicion; que hace frente á sus injusticias, haciendo uso del crédito y de la autoridad que goza, y que reprehende y desapueba los atrevidos discursos que oye contra la fé, contra la religion, y el próximo; pero para no pecar, es preciso que su zelo siempre se dirija por las reglas de la caridad y de la ciencia; que la prudencia contenga algunas veces la indignacion que nace del ódio del pecado, y finalmente que no turbe

el orden y la tranquilidad de la sociedad con reprehensiones indiscretas é impertinentes.

La ira que verdaderamente es culpable, es la que inspira la impaciencia, la que fomenta el orgullo, la que produce las voces, las injurias y las acciones arrebatadas y brutales, la que engendra la aspereza, los resentimientos y las venganzas: esta es la ira que reprueba el Evangelio, y que condena hoy el Apóstol. Este vicio no es de ménos extension que la mentira: los niños lo adquieren desde sus primeros años á causa muchas veces de las terquedades y caprichos de sus padres, los quales dan lugar en esta edad, que todavía no conoce las reglas de la razon, á respuestas agrias, y á desobediencias continuas. Este vicio toma su incremento en el fuego de la juventud: en esta edad lozana, en que la naturaleza se desenvuelve, no se reconoce ningun límite á la vehemencia de las pasiones; y si alguno quiere contradecirlas, el jóven, lejos de darse á partido, le insulta, y le atropella con desprecios y malos tratamientos. Este vicio se consolida en la edad seria, en que el hombre se de-

dica á las ocupaciones y los negocios, haciendo insoportable el yugo de la dependencia á los hijos, á los domésticos, y á los que de qualquiera manera dependen de nosotros: en fin, en la misma vejez se conservan los restos de aquel primer fuego, y cierta disposicion á contradecirlo todo, y á quejarse con oportunidad, y sin ella.

El Apóstol, quando nos advierte que no se ponga el sol sobre nuestra ira, no pretende aprobar ciertos movimientos y arrebatos que nos permitimos considerándolos de poca importancia. No basta decir, mi genio es demasiado vivo; pero tan pronto como me irrito, me sosiego; y si alguna vez me resiento, y me expreso en términos duros é insultantes, no conservo ningun resentimiento. Este movimiento, hermanos míos, por mas ligero que sea, tiene sus peligros, y para ser reprehensible á los ojos de Dios, basta que se interrumpa la paz, que es el carácter de la caridad. Quando estas emociones llegan al punto de turbar la razon, y son causa de invectivas y de palabras que ofenden al próximo, si no son siempre mortales, á lo ménos son muy á propósito

para apagar en nuestras almas la caridad, y por lo regular se pasa de estos primeros movimientos, casi sin sentirlo, á los odios y rencores que no se extinguen tal vez en toda la vida.

El Apóstol acaba esta Epístola dándonos algunas lecciones para conservar la probidad, y dice: el que hurtaba, ya no hurte; respete los intereses de su próximo como quisiera que respetasen los suyos propios, y no manche sus manos con la sangre de su hermano, teniendo presente que en alguna manera atenta su vida quando se apropia los bienes de que necesita para su subsistencia, ó quitándole con ellos los medios de aliviar al pobre en su miseria.

Pero si el que usurpa los bienes del próximo es pobre, y no tiene otros recursos que estos para proveer á su subsistencia, ¿no será excusable delante de Dios? No, responde el Apóstol, ántes bien trabaje de sus manos obrando lo que es bueno, para que tenga de donde dar al que padece necesidad. Este consejo nos ofrece quatro verdades, que voy á explicar en pocas palabras.

La primera es que el trabajo es in-

dispensable al hombre, porque es el único medio que le ha dexado la Providencia para que subsista; y así quando desprecia ó abandona este medio, es indigno ciertamente del cuidado que toma sobre todos los hombres. La pereza por otra parte es el enemigo mas fuerte de la probidad, y así todo el que quiera conservar las virtudes, es indispensable que trabaje, aun quando tenga sobrados bienes para mantener su familia: el trabajo, como hemos dicho, le suministrará mas medios de auxiliár á los pobres, y además le servirá de penitencia para expiar los pecados.

La segunda es, que si el trabajo es una obligacion de todos, todavía es mas urgente para el pobre. No hay remedio: el sustento le ha de sacar del trabajo; y si permanece en inaccion, no solo no tiene derecho á quejarse de su indigencia, sino que es justicia dexarle perecer en una vergonzosa mendicidad.

La tercera es que, quando Dios reduce al pobre al estado de una enfermedad habitual que le imposibilita para trabajar, entónces es digno de que se le mire y trate con toda compasion. El rico no puede sin injusticia recu-



sar los socorros que Dios ha puesto en sus manos á tres clases de pobres que tienen los derechos mas sagrados á la conmiseracion christiana, y son los niños, los enfermos, y los viejos, porque todos estos carecen de fuerzas, y facultades para ganar el sustento con su trabajo.

La quarta es, que la obligacion de dar limosna no se limita solo á los ricos, porque el Apóstol no dispensa de ella ni aun á los que viven de su trabajo. Una caridad sabia encuentra siempre que dar, y como Dios no juzga del mérito de las obras por la riqueza de las ofrendas, sino por la intencion, un maravedí que da el Christiano de aquel poco que tiene para alimentar su familia, vale mucho mas á sus ojos que los montones de oro y de plata que apenas bastan para satisfacer los gastos superfluos de los ricos.

Estas son en resumen las quatro verdades que se deducen de la doctrina del Apóstol, que debéis meditar continuamente; pero permitidme que, antes de acabar el discurso, os diga que uno de los mayores consuelos que tenemos en la administracion de la cari-

dad pública es, que los recursos mas abundantes por lo comun no salen de las manos de los ricos, sino de las personas de una fortuna mediana. Esas casas magníficas donde todo sobra, donde tanto se gasta en muebles, en adornos, en criados, en comidas, y en todo género de placeres y comodidades, estan muy pobres de conmiseracion y de caridad; y por el contrario, esas casas obscuras, de donde estan desterrados el luxo, el fausto, y los gastos caprichosos, son verdaderamente ricas, porque las habitan justos que aman al pobre, le alivian y consuelan.

Dios mio, ya que os habeis dignado traer y conservar en el seno de mi Parroquia tantos de estos justos que hacen todo mi consuelo, no permitais, Señor, que lleguen á extinguirse: escuchad hoy el voto del pobre que os da por mi boca las gracias mas expresivas, y que os dirige oraciones fervorosas por estas almas benéficas: conservadlas, Dios mio, conservadlas un corazon misericordioso: conservadlas, y haced que sus obras solo sean conocidas de vos, para que reciban la recompensa debida en los siglos de los siglos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN MATHEO,  
cap. 22. v. 1. 14.

En aquel tiempo: Volvió Jesus á hablar otra vez en parábola á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Fariseos, diciendo: Semejante es el reyno de los cielos á cierto Rey, que hizo bodas á su hijo. Y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas, mas no quisieron ir. Envio de nuevo otros siervos, diciendo: Decid á los convidados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros, y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto: venid á las bodas. Mas ellos lo despreciaron, y se fuéron, el uno á su granja, y el otro á su tráfico: Y los otros echáron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los matáron. Y el Rey, quando lo oyó, se irritó: y enviando sus exercitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. Entónces dixo á sus siervos: Las bodas

ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados, no fuéron dignos. Pues id á las salidas de los caminos, y á quantos halláreis, llamadlos á las bodas. Y habiendo salido sus siervos á los caminos, congregáron quantos halláron, malos y buenos: y se llenáron las bodas de convidados. Y entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre, que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dixo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entónces el Rey dixo á sus Ministros: Atado de pies y de manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

INSTRUCCION.

Jesus-Christo en el Evangelio de este dia no ha querido autorizarnos pa-

ra profundizar uno de los mas terribles misterios de nuestra religion , sino enseñarnos á temerle y adorarle. Hablo de la predestinacion, de ese secreto impenetrable que nos ofrece baxo una parábola , y cuya descripcion produce sucesivamente la confianza y el temor, la vigilancia y el amor. Sé muy bien que sin abandonar el sentido de esta parábola , puede aplicarse toda ella á la Eucaristia ; que los Padres de la Iglesia han reconocido en este Rey á nuestro Dios y Señor : en este banquete la mesa santa : en este hijo , cuyas bodas se celebran , á Jesu-Christo el primogénito de los hijos de los hombres : en los siervos , y en los enviados ultrajados y muertos á los Ministros y dispensadores de este augusto misterio : en los convidados , de los quales unos rehusan el convite , otros ultrajan á los siervos , muchos los maltratan , y en ese miserable á quien se despoja de la ropa nupcial , á todos los Christianos que desprecian ó profanan este temible misterio: de manera que siguiendo constantemente esta parábola, podriamos descubrir en ella las ventajas de la santa Eucaristia : estudiar las disposiciones que se requieran

para sentarnos á la mesa del altar, y reconocer los peligros á que nos dexa expuestos el desprecio de este Sacramento angusto ; pero como ya os he dado la instruccion necesaria acerca de estas materias , explicando otra parábola muy semejante á ésta : procuraré ahora ceñirme al sentido literal , y presentaros con toda claridad las grandes conseqüencias que se deducen de nuestro Evangelio. Prestadme atencion.

Semejante es el reyno de los cielos á cierto Rey que hizo bodas á su hijo. En estas palabras , y baxo la figura de este Rey , se nos representa la salvacion eterna ; y nuestra vocacion á ella se nos figura en las diligencias y solitudes de este Rey. En esta comparacion vereis , hermanos mios , de la manera mas sensible quanto puede decirse acerca de esta vocacion gratuita. No es un amigo quien convida á otro amigo de su mismo estado y condicion, porque entre él y los convidados hay una desproporcion inmensa. Un Señor revestido del supremo poder , colmado de riquezas y de honores , es quien envia á sus siervos á llamar los convidados á las bodas ; pero si el don de nues-

tra vocacion á la salvacion eterna está representado perfectamente en esta parábola, el motivo y los medios para conducirnos á ella no son ménos sensibles. Hoy trata pues este Señor de hacer las bodas á su hijo: motivo muy plausible para un Rey que espera su honor y su felicidad en este hijo. ¿Quién no reconocerá en estas bodas la union inefable del Verbo á nuestra naturaleza, y la alianza preciosa del Hijo de Dios con su Iglesia?

Esta alianza se celebraba ya desde los primeros tiempos. David considera desde léjos á Jesu-Christo como un esposo que sale de su cama nupcial, y que corre á paso de gigante para salirle al encuentro á su esposa.

Esta union es gloriosa para el Padre que la ha determinado desde la eternidad. El ha visto como el hombre por su pecado perdía todos los derechos que le habia concedido á la herencia celestial, y ahora le ve restablecido en todos ellos por esta alianza: de manera que podemos decirle con el mas profundo reconocimiento que ha derramado sobre nosotros las riquezas de su gracia y de su misericordia.

Esta union llena de consuelo á la Iglesia, á esta Iglesia tan antigua como el mundo. ¡Qué amargura no ha sido la suya! Reducida en los primeros dias de los Patriarcas á algunas pocas familias de adoradores fieles: limitada en los dias de la Ley escrita á solo el pais de la Judea: expuesta por el endurecimiento de este pueblo á la reprobacion casi general de todos sus hijos, ¿quién podrá consolarla en tantas pérdidas? Pero he aquí un Profeta que la da la enhorabuena, porque sus padres prevaricadores han de ser reemplazados por hijos partícipes de la inocencia y de la santidad de su Divino Esposo.

Esta union es preciosa para la naturaleza humana, porque ántes estaba envilecida y sumergida en el oprobrio, y ahora está decorada con todos los títulos que pertenecen al Esposo celestial. Ella estaba reducida á padecer la indigencia y toda suerte de enfermedades, y su fuerza consiste ahora en la proteccion de su Libertador, y su riqueza en los derechos que le ha dado este Señor á la celestial heredad: Jesu-Christo la ha sacado del polvo en que

yacía para hacerla sentar con él en los mismos cielos.

Esta unión es inefable en sí misma: ella restablece la paz del cielo con la tierra: ella une la naturaleza infinita á una naturaleza finita: la santidad, la justicia y la verdad misma ocupan el lugar de la injusticia, de la corrupcion y de las tinieblas; y desde este momento todo se purifica, todo se muda, todo se ilumina, de manera que pueden aplicarse con propiedad á esta union aquellas palabras del Apóstol: todas las cosas antiguas pasáron, y todas han tomado una forma nueva.

No me admiro, hermanos míos, que el Rey de nuestro Evangelio quiera demostrar su alegría por una alianza tan singular con fiestas y banquetes. Todo lo que hay en la naturaleza, sea en el cielo ó en la tierra, debe tomar parte en ella. El cielo es la sala de las bodas donde se reunirán todos los convidados: los Angeles, testigos de las misericordias del Señor, y de los sentimientos de obediencia del Hijo, celebran con cánticos esta alianza. ¿Quál deberá ser el gozo de la naturaleza humana al considerar que para ella

se han hecho tantos preparativos, y que es el objeto único de esta fiesta? Sin embargo, el Rey envió sus siervos á llamar los convidados á las bodas; mas no quisieron ir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: decid á los convidados: he aquí he preparado mi banquete: mis toros y los animales cebados están ya muertos; todo está pronto: venid á las bodas. Esta doble invitacion caracteriza admirablemente la conducta de Dios ántes y despues de Jesu-Christo. Los primeros siervos enviados fuéron los Patriarcas y los Profetas; pero su encargo no era otro que anunciar á las gentes que todo estaba preparado. Debía, pues, correr mas de un siglo ántes que viniese el Mesías. Juan Bautista mismo, que se acercó mas que todos á la plenitud de los tiempos, y al día de las bodas, y que despues debía ser llamado el amigo del Esposo, á quien estaba reservado el mostrarle con la punta del dedo, se habia contentado con decir: haced dignos frutos de penitencia, porque el reyno de Dios se acerca.

El pueblo Judío despreció altamente esta primera invitacion; pero ha ve-

nido el tiempo en que este Rey debe tomar medidas mas vigorosas. El Esposo llega, y los siervos que caminan en su seguimiento, son enviados de su parte. Ya no dicen está cerca, vendrá pronto, se llega el momento, sino que gritan, diciendo: todo está pronto; venid á las bodas, y vereis que en este banquete delicioso se presentan todas las riquezas y preciosidades de su reyno.

Pero ¿quál será el suceso de esta segunda invitacion? De los primeros solo dice el Evangelio que no quisieron ir; pero de los segundos añade que lo despreciaron: que los mas moderados pretextaron sus negocios temporales, y que se fueron el uno á su granja, y el otro á su tráfico; pero que los otros añadieron el insulto al desprecio, y echaron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los mataron.

¿Qué conducta, hermanos míos, tan extraña! ¿Es posible que se trate de esta manera á unos siervos encargados de un ministerio de tanto consuelo? ¿El desprecio y el furor es el pago de un convite tan benéfico? Pero ¿qué diré de vosotros? ¿Por ventura las exhortaciones mas tiernas, y las ad-

vertencias mas caritativas de los Ministros de la palabra santa no se ven tambien despreciadas? ¿Los pecadores no salen del templo con las mismas pasiones que entraron? ¿No se permiten todos los dias las burlas y las sátiras mas indecorosas sobre el ejercicio de nuestro santo ministerio? ¿Qué diremos á la vista de los juicios indicretos, y de la orgullosa seguridad con que muchos malos christianos se presentan á oír nuestros discursos? ¿No son ellos la imágen mas perfecta de estos convidados del Evangelio? ¿No persiguen y ultrajan tambien á los Ministros de Jesu-Christo? No digais, hermanos míos, que vivimos en tiempos de tranquilidad y de paz, en que podemos exercer nuestro ministerio sin el riesgo de exponernos al odio y á las persecuciones que sufrieron los Apóstoles, y los primeros Pastores de la Iglesia. Es verdad que no estamos en aquellos dias tristes en que el Ministro se veia precisado á ocultarse, y á huir de pueblo en pueblo; pero por desgracia han sucedido otros, en los cuales se nos persigue tambien con encarnizado furor, aunque por distinto

término. ¿No ridiculizais nuestro estado, nuestras funciones, nuestra moral? ¿No desacreditais á todos los que abrasados del zelo de la honra y gloria de Dios, trabajan para redimir las almas de la esclavitud de satanás? ¿No venis á oír nuestros discursos, con solo el fin de satirizarlos y censurarlos? ¿No propagais esos fatales y desordenados sistemas, que no tienen otro fin que arrancar de los corazones las raíces y los principios de la religion que habia echado en ellos una educacion christiana? ¿Qué nos falta, decidme, para ser tratados como los siervos del Evangelio? Sí, hermanos míos; si un Ministro es sensible á la gloria de Dios y á los intereses de su religion, debe preferir la muerte á la inutilidad de su ministerio: la persecucion y los ultrages le procurarian á lo ménos el mérito de la paciencia.

El Evangelio dice: que quando el Rey lo oyó, se irritó; y enviando sus exércitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad. ¿Qué castigo tan bien merecido! Temed tambien vosotros, que así nos despreciais y maltratais, que acaso el Señor lance

un rayo del cielo, y acabe vuestra vida. Insensatos, ¿podeis imaginar que Dios callará y sufrirá tantos ultrages? ¿No sabeis que los Ministros de Jesu-Christo representan en la tierra su propia persona, y que este Señor es muy zeloso de la honra que se les debe? Pero ya que el Señor así acabó con aquellos homicidas, ¿envolverá en su desgracia á tantos otros pueblos que no han participado de sus pecados? No, hermanos míos: la paciencia es uno de los caracteres de nuestro Dios, y esta misericordia con relacion á nosotros es el mas copioso y el mas grande de sus atributos. No quiere, no, que su casa esté vacía. Es verdad que su felicidad es independiente del número de los que publican sus beneficios; pero quiere que participen de su gloria los que le invocan de todo corazon: así dice á sus siervos: las bodas ciertamente están aparejadas, mas los que habian sido convidados no fuéron dignos; pues id á la salida de los caminos, y á quantos hallareis, llamadlos á las bodas.

Estas palabras contienen misterios muy profundos. Quando el Evangelio nos habla de la vocacion de los Ju-

dios, y de su reprobacion, debemos tener muy presente que la vocacion de los gentiles está fundada sobre los mismos principios, y que Dios, según las reglas invariables de su justicia, arrojará de su reyno á todas las naciones que imiten á Israel en su ceguera é insensibilidad. El pueblo Judío está perfectamente representado en estos convidados. Este pueblo escogido, para quien estaba reservada la salvacion, y de quien debia descender despues á todos los demas pueblos de la tierra, fué llamado por los Profetas, solicitado por el Bautista, instado por Jesu-Christo mismo, y sin embargo no cedió de su dureza. Las excusas de los convidados para aceptar el banquete de este Rey, y corresponder á su solicitud y fineza, nos traen á la memoria la tenaz resistencia de este desgraciado pueblo, que á pesar de las promesas contenidas en la Ley, y de las amenazas de los Profetas, y de los milagros obrados por Jesu Christo, se resistió siempre á la luz de la verdad. Por tanto el Apóstol, despues de haber trabajado para convencerlos por el testimonio de las Escrituras, y la exposicion

de los hechos que pasaron á su misma vista, les dice que se dirigirá á las demas naciones, mediante que nada ha bastado para convencerlos á ellos.

Esta es, hermanos míos, la historia del pueblo Judío; pero escuchad ahora la de las otras naciones, la qual debe interesaros mucho mas por la parte que teneis en su suerte. Los siervos reciben la órden de ir á las salidas de los caminos para llamar á las bodas á quantos hallaren. Los Apóstoles reciben tambien iguales órdenes; y dividiendo entre sí el mundo entero, van á llevar por todas partes el nombre de Jesu-Christo. Ellos anuncian á todos los pueblos los deseos y la voluntad de su Señor, y traen á su casa á todos quantos manifiestan alguna docilidad á su voz. Los desórdenes de una vida pasada en el libertinage; la extravagancia de un espíritu seducido por las preocupaciones y los errores de la educacion; la ferocidad de los pueblos mas incultos y bárbaros, y la falsa delicadeza de las naciones mas ilustradas é instruidas no tienen poder para detenerlos; y así congregaron á quantos hallaron, malos y buenos, de manera que se lle-



naron las bodas de convidados. Si Jesu-Christo hubiera concluido aquí la parábola, ¿Qué motivo de confianza, de satisfacción, y aun de presuncion para los gentiles, quando comparasen su docilidad con la resistencia del pueblo Judío! En efecto, Israel es convidado muchas veces, y rehusa el convite, quando los gentiles, llamados una vez, llenan las salas de las bodas. Pero el Señor va á consternar á todos con un solo exemplo de severidad. El Evangelio dice que entró el Rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, y le dixo: amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Es ciertamente cosa extraña que este hombre se atreviese á profanar un convite hecho por un Rey con motivo tan plausible; pero si la ropa nupcial, segun la interpretacion de todos los Padres, es la figura mas expresiva de la caridad, ¿todos los que por el pecado se hallan despojados de esta virtud preciosa, no serán dignos de que Jesu-Christo les diga lo que entónces dixo el Rey á sus Ministros, atado de pies y de ma-

nos arrojadle en las tinieblas exteriores? ¿No está la sala de las bodas, es decir, su Iglesia, llena de convidados indiscretos, que no saben respetar ni el precio de su vocacion, ni la magestad del Señor que los llama? ¿Es posible, hermanos míos, que entrando libremente en nuestros templos, participando de nuestras oraciones, alimentándoos del pan de la palabra, tengais la temeridad de sentaros algunas veces en la mesa santa sin la vestidura nupcial; y que no contentos con escandalizar el interior de vuestras casas, y á todas las personas que os tratan, profaneis tambien nuestros templos con vuestras irreverencias? ¿Es posible que siendo tan poco contenidos en vuestros discursos, tan imprudentes en todas vuestras acciones, y de tan corrompidas costumbres, hagais alarde de vuestra vocacion, y os lisongeeis de pertenecer al Dios que os convida? ¿Pensais que teneis derecho á celebrar con él las bodas eternas del Cordero? Imprudentes, ¿no valiera mas que os olvidaseis de este convite, y que las salas de las bodas estuviesen siempre cerradas para vosotros? ¿Qué respon-

dereis quando el soberano Rey de los Angeles y de los hombres os cite delante de sí para pedir os cuenta de vuestras disposiciones? ¿El silencio y la confusion no se apoderarán de vosotros? ¿Y no será entónces implacable la indignacion y la cólera del Señor? ¿No podrá deciros, como el Rey dixo á sus Ministros, atados de pies y manos, arrojados en las tinieblas exteriores? Allí, pues, será el llorar y el cruxir de dientes.

No emprenderé aquí, hermanos míos, una pintura de este lugar de tormentos y de horror que la justicia de Dios prepara á las almas criminales. Esta verdad en un corazon penetrado de un temor saludable se conoce mucho mejor que no se explica. Nuestro Dios es infinito en sus perfecciones, y su justicia no es ménos incomprehensible, que su misericordia es inefable. Si segun la expresion del Apóstol San Pablo, nada ha visto el ojo mas perspicaz, ni el oido del hombre ha entendido nada, ni el corazon del hombre ha comprendido nada que pueda igualar la felicidad que Dios reserva para sus Santos; los tormentos del in-

fierno deben hacer tambien sobre su alma tales impresiones, que no es dado al hombre el explicarlas. Todo lo que en el mundo se conoce de mas triste y penoso: todo lo que puede concebirse de mas amargo; todo se reune para vengar á Dios del pecador que le ultraja. Considerad, hermanos míos esta verdad, y seguid constantemente el consejo que da San Bernardo á los pecadores, á saber, que baxen en espíritu al infierno, para evitar el baxar despues en la muerte. Pero ¿queréis una verdad mas fácil de meditar, aunque no sea ménos temerosa y terrible? Escuchad la sentencia que termina este Evangelio: muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Esta verdad condena esas miserables objeciones, tantas veces destruidas, y repetidas siempre con la misma seguridad. Dios no nos ha criado, decís, para perdernos: no sin duda, hermanos míos, porque os ha llamado á la salvacion, como á otros muchos, los quales se han perdido ántes de vosotros por sus enormes faltas, y por haber ido contra las miras de su misericordia infinita; pero en lugar de

corresponder á esta vocacion con la observancia fiel de sus mandamientos, en lugar de asegurar la eleccion con vuestras buenas obras, vivis al gusto de vuestros deseos, y os separais voluntariamente del pequeño número de aquellos que trabajan y se mortifican para conseguir el cielo. Pero la misericordia del Señor es grande, decís tambien: si Dios por una parte disimula los pecados de los hombres, por otra abre el camino á la penitencia. Una vida llena de pecados, los grandes escándalos, y las costumbres mas inverdaderas se expian y reparan muchas veces en un instante. Lo conozco, hermanos míos; y así no vengo á predicaros una doctrina de desesperacion. No ignoro tampoco que diciendo el Señor por boca de uno de sus Profetas, que en qualquiera instante que el impío se convierta á él, le recibirá á manos llenas, con tal que esta conversion sea verdadera; están comprendidos todos los pecadores en esta invitacion consoladora: muchos son los llamados. ¿Pero no hay muchos que se obstinan, y que cierran este camino de penitencia que tenían abierto? ¿No

hay muchos que miran atras, y vuelven á adorar sus ídolos? ¿No hay tambien muchas falsas penitencias mas criminales á los ojos de Dios que la impenitencia misma? Concluyo, pues, diciendo, que son muy raras las verdaderas y sinceras penitencias.

Vosotros, insensatos, dexais pasar la edad de la juventud encenagados en los placeres, os entregais después á los negocios sin el menor cuidado, y diferís para la vejez la reforma de vuestras costumbres, suponiendo que entónces podreis servir á Dios, y dedicarle todos los instantes de la vida. Pero ¿sobre qué está fundada una esperanza tan lisongera como incierta? Sobre una verdad constante, que por desgracia tiene fatales consecuencias. Es cierto que Dios no se desdeña de recibir los restos de una vida gastada, por decirlo así, en el crimen: es verdad que los últimos momentos del pecador pueden por la gracia serlo de salvacion: que algunas veces los que han llevado una vida penitente y santa, han caido al acabar su vida en desórdenes vergonzosos; pero tambien lo es que muy pocos llegan á este tiempo que